

Cuentos de Pereira: lo bueno, si breve...

C. G. L.

Resulta curioso que, mientras algunos escritores de medio pelo se encaraman pronto en la cucaña de la fama, otros con más merecimientos tardan en ganarse la confianza del lector. Pero también es cierto que a la postre cada uno suele encontrar el lugar que le corresponde. Antonio Pereira, largo tiempo ignorado en antologías y menciones, figura hoy como uno de nuestros más notables narradores en el relato breve.

En muy poco tiempo ha publicado, entre lo más reciente, *El síndrome de Estocolmo* (1988) y *Cuentos para lectores cómplices* (1990), éste con prólogo de Ricardo Gullón. Ahora es *Picassos en el desván*, en Mondadori. Se trata de un conjunto de cuentos de muy corta extensión, entre dos y cuatro páginas, por lo general, aunque, algunos hay que no rebasan la docena de líneas y vienen a ser, en su concisión, todo un prodigio de -sugerencia y síntesis.

Confiesa Antonio Pereira que gusta de corregir sus cuentos y que "corregir un cuento casi siempre es quitar". Sus podas le llevan hasta dejar la historia reducida a sus límites precisos, sin duda por un afán perfeccionista. Tampoco necesita más, porque el secreto de sus relatos radica en el poder de sugerencia y en los silencios cómplices con un lector inteligente. Apunta todo diciendo lo imprescindible.

Por otra parte los temas que aborda están sacados del entorno más inmediato. Pero, esto sí, sabe presentarlo con sus armas más habituales: el humor, la ironía, cierta sorpresa.

Sería difícil entresacar alguno porque cada uno tiene su interés. Quizás, como ejemplo de sorpresa final, aquel en que una alemana peregrina maltrecha, se afinca en el pueblo que le sana sus males y se convierte en experta barbera. *La espalda de Elisa o El tendadero* son modelos en el juego erótico, otra de sus facetas rentables. La ironía política de *La nostalgia* o el humor sobre ciertas tecnologías en *Milagros y fotocopias* también son buen exponente de otro aspecto de estos cuentos.